

CONSEJOS

PARA SUMERGIRSE EN EL AGUA



Fundación Ediciones

Clío

Anthony Alvarado

Consejos para sumergirse en el agua
(Segunda edición)

Anthony Alvarado

Fundación Ediciones Clío
Maracaibo – Venezuela 2025

Consejos para sumergirse en el agua



@Fundación Ediciones Clío
Enero, 2025



Licencia Creative Commons

Título original
Consejos para sumergirse en el agua

Segunda edición

Edición: Fundación Ediciones Clío
Maracaibo, Venezuela

Depósito legal: ZU2025000038
ISBN: 978-980-451-057-1

Diseño de portada: Janibeth Maldonado y Eimy
Moreno
Diagramación: Dorys Lucía Acosta Campos
70 páginas

1. Sumergirse en el agua 2. Poesía.

Fundación Ediciones Clío



Fundación Ediciones Clío es una institución académica de gran prestigio dedicada a promover la ciencia, la cultura y el desarrollo comunitario. Su misión de difundir una amplia gama de contenidos educativos en beneficio de individuos e instituciones es recomendable. Al ofrecer acceso gratuito a libros, revistas científicas y otros materiales educativos, la fundación contribuye significativamente a la creación de capacidades científicas, tecnológicas y culturales para el beneficio y el bienestar social.

Dr. Jorge F. Vidovic

Director de Fundación Ediciones Clío

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8148-4403>

Nota: Para información, por favor contáctenos:

Website: <https://www.edicionesclio.com/>

Correos electrónicos

edicionesclio.es@gmail.com

jorgevidovicl@gmail.com

CONSEJOS

PARA SUMERGIRSE EN EL AGUA

Anthony J. Alvarado R. (Paraguaná 1982) Poeta y escritor de la tierra de la ardentía. Vive en Coro, estado Falcón. Ha participado en bienales como la Ramón Palomares y Elías David Curiel. En el año 2001 gana un concurso de poesía convocado por la Fundación Josefa Camejo de Pueblo Nuevo de Paraguaná. Participó en el Teatro Tiquiba, la Fundación Literaria León Bienvenido Weffer y en otras iniciativas culturales de la capital falconiana. Artículos suyos han sido publicados en revistas como *Perspectivas*, *POESÍA*, *Mentekupa* y otros medios impresos como *Status Magazine*, *Falcón Total*, el suplemento *Cabra Solar*, *Letra Viva*, entre otras. Como poeta posee los títulos *Piedras sobre la cruz*, *Harakiri a traición*, *Consejos para sumergirse en el agua* (primera edición), *Herido de sombra*. Poemas suyos han sido publicados en antologías regionales y binacionales. Es Licenciado en Educación, mención Lengua, Literatura y Latín por la UNEFM, ejerce la docencia en la Universidad Nacional Experimental Rafael María Baralt.

Liminar a la primera edición

*Estos pulmones parsimoniosos,
llenos de telas rotas, hendidias muertas,
no caben ya entre paréntesis,
ni hay certidumbres en cuanto a su forma.*

A. Alvarado

El inmenso trabajo de socialización miserable que se emprende día a día desde el canto unísono de las instituciones, las universidades, el mercado, el trabajo, los medios de comunicación, la iglesia y el Estado, pareciera no dar señas de agotamiento. Todo lo contrario, la “normalidad” con la que estos agentes operan incesantemente sobre el individuo ha hecho pensar que en esta vida no hay otra cosa importante fuera del marco de la economía, la producción y la existencia alienada.

Receta impuesta que desea borrar todo indicio de alternativa posible. Una civilización que por años ha sabido simular la vida dentro de un continuo deterioro de las relaciones e intercambios sociales que no caben ya entre paréntesis. Entonces, frente a este sálvese quien pueda, frente a esta visión unidimensional del hombre, como afirmara Marcuse, ¿cuál será la importancia de la poesía?, ¿qué relevancia se le sigue confiriendo?

Si bien no creo que la poesía contenga en ella un valor útil o pragmático (cuantificable o no políticamente) creo que como sustancia de libertad ella permite la encarnación y el conocimiento de una nueva relación con el mundo. Una relación inalienable, ajena a los estándares mercantiles y racionales capaz de establecer una extensa comprensión sensible de la realidad. Realidad potencializada por el carácter heterogéneo, natural de cada individuo.

Por tanto, el acto poético se reconocerá siempre por su reivindicación libertaria y su compromiso con el mensaje interior. “Hambre de realidad” y no de entretenimiento, medallas, concursos o puestos en turno. Identificable cuando el despliegue de un imaginario de libertad florece como un deseo de transformación de los mecanismos opresores, el acto poético es un estado de espíritu inherente en cada ser humano el cual se opone a la tan vanagloriada imagen oficial de la realidad.

En el juego, en la fiesta, en la revuelta, en el amor, en la utopía, en el humor, en el descubrimiento, en la amistad, en el dolor, en la insurrección o en la escritura, la poesía mediante sus distintos lenguajes y vehículos «es conciencia de la separación y tentativa por reunir lo que fue separado» (O. Paz). Es en este sentido que percibo al poemario de Anthony Alvarado.

Presentado en dos partes, *Consejos para sumergirse en el agua*, deja en evidencia solar la vacuidad que termina lo que se construye. Sondeo de un cuerpo purulento, mutilado por la furia de los bulevares y la espesura de la angustia. Una escritura dotada de una fuerte dosis de humor negro que comienza en las trampas de *la vía pública* y que finaliza en el *nado zigzagueante de un cuerpo desmembrado*, lanzado como péndulo al fin del océano. Un salto ahogado al fondo de sí, a eso que fue borrado, al *cráneo que ya no tiene rostro*, a los *párpados que sostienen la máscara*, al poro que atraviesa el muro. No conozco personalmente a Anthony Alvarado. Desafortunadamente no hemos tenido aún la oportunidad de estrechar siquiera la mano, sin embargo, saludo desde el norte sus preocupaciones.

Enrique Lechuga
Montreal, 2009

Liminar a la segunda edición

La palabra quiere romper las amarras y emerger. Yace en el fondo del agua, en los abismos. Cada letra configura una burbuja que lleva en el ritmo del diafragma la respiración entrecortada. El acertijo está en la voz. Rasga la realidad para escapar de ella, pero solo encuentra sombras en la ruta, pasadizos secretos, murmullos y cuerpos desmembrados. ¿Qué busca la palabra? Más que el acto de nombrar elude sus propios límites, se enrosca, se devora. Tal vez sea una mueca su gesto desesperado ante la conciencia real del abandono. Emerge y revela, la imagen exacta está allí, pero vuelve al vacío, la caída.

Este libro es una casa con dos puertas; dos pliegues que se oponen, dos mundos que buscan encontrarse. Entramos a tientas en estos poemas vertiginosos y dolientes. A veces herméticos, tal vez cifrados por una cláusula secreta. Y salimos con las resonancias de múltiples detonaciones que empujan los sentidos al desorden, a la desazón. ¿Qué oscuras oquedades guarda esa voz que nombra sensualmente las carencias, los silencios, las negaciones? Los sentidos ocultos de las palabras, ¿qué buscan más allá del vacío? El cuerpo se ha vaciado de sentido. Está mutilado y exhausto. ¿Es tal vez un registro en clave de viejas pesadillas?

En *Consejos para sumergirse en el agua*, Anthony Alvarado (Paraguaná, 1982) elige la vigilia, como un cazador que espera ansiosamente al animal que habita en la oquedad del acantilado. Sigiloso, persigue las palabras en el aire, pero no podrá asirlas pues se hacen filigrana, explotan como las piezas de un rompecabezas.

Nos resignamos ante lo frágil cuando el verbo se rearma precariamente en metáforas dolientes. El mundo se decanta en aforismos. Cada palabra busca la iluminación, la plenitud deseada. En el fondo abisal vive el misterio. Y ahí *hay un pez que se desliza* y sigue el camino de *sus propios miedos*.

Gregory Zambrano

*Las palabras nombran el mundo y las palabras
nombran el hombre; lo que
el hombre ve y experimenta, lo que existe, lo que ha
existido, la antigüedad
del tiempo y del pasado y el futuro de la edad y del
presente, la voluntad; lo
involuntario; el miedo y el deseo por lo que no
existe, por lo que va a existir. Las
palabras destruyen, las palabras predicen, juntas o
solas, de nada vale rehusarlas.*

Paul Eluard

Arrimado a la empalizada

Boulevard de hojalata

Atisbo por el hoyo del hueso
el boulevard de hojalata,
los gritos desprendidos del asfalto,
las calles semiocultas
donde no transita nadie,
las huellas escurriéndose tras la
muchedumbre,
los cráneos, objetos casuales,
deshabitados por la idea.
El círculo que hace el criminal
para tomar un mendrugo de pan,
y que tras de sí lleva el recuerdo del llanto
de sus ausentes hambrientos.
Este hueso no necesita lente de aumento.

Arrecife

Se desmorona la piedra que abrazan los tentáculos,
en cada orificio pesca un sobresalto.

La colina salitrosa consigue un lenguaje orquestado
en las mareas de lo arcaico, resuenan voces
desde las naves sumergidas, de mudez estridente.

Algo en esta piedra insinúa nuestro origen,
la hoguera sabe cómo hemos sido engendrados.

En los ojos la mentira no se oculta,
su fulgor desnudo solo propaga pavesas.

Enfermedad y desatino

Estos pulmones parsimoniosos,
llenos de telas rotas, hendijas muertas,
no caben ya entre paréntesis,
ni hay certidumbres en cuanto a su forma.
No hacen gestos de auxilio porque están viejos,
agrietados por la sequedad de este aire.
Sus dilataciones y contracciones
son vapores últimos de ron y cigarrillos.
De ellos sólo llega a la sangre
una porción calculada de oxígeno y smoke.
El aislamiento de la habitación
no impide la continuidad de las palabras,
que se cuelan por los intersticios a inundar
los alvéolos de signos y símbolos:
la red
el grafito
la gota
Palabras que pronto adquieren
significados contradictorios como:
lo imposible
la noche medular
el secreto.
Sin atender a precauciones particulares me fugo,
pero con miedo a arrastrarme en oscuros pasadizos.

El mangle lloroso

Palpo su textura salina, desgarró mi garganta
en el aire que se desliza por la baranda.
En sueños me cobija la arena seca, la brisa áspera,
la llamarada insomne, la ceniza que se asienta en los
párpados
y que origina pretéritas visiones marinas.
Las ráfagas escupen el hálito oxidante
desintegrándolo todo,
formando agujeros, creando estrías, estableciendo
columnas
de sarro, hollín y un fluido aceitoso que imita las
lágrimas.
Las planicies de esta península se inquietan
ante la subida de la marea,
no han probado el sedimento de fondo.
Cada habitante de esta tierra posee grietas en los
talones
de largas caminatas por veredas e istmos
en busca de la sierra, la pesca, la cosecha del
conuco,
el arreo de las cabras, la búsqueda de los pozos.
Esta sensación innata recoge cada memoria
en la corteza quebradiza del cují, la deposita en la
salina.
La atmósfera se llena de lamentos,
los caminos se encuentran bordeados de cenotafios.

En el monte la desolación se imbrica con la
vegetación,
la quebrada, el espanto, las ánimas milagrosas, el
ceretón.

Imagino sus formas en la soledad del rancho,
ululando en la madrugada que se desvanece
al arribo del sol alucinado.

El desvarío les hace mascullar:

No se puede tener tiempo para los demás.

A la deriva de esta resolana la agitación de las
corrientes
transforma el caño en cómplice de la inmersión.

Una lengua de tierra que se introduce
y roba espacio al océano, aparente balsa de
salvación.

El ramaje retorcido no espera la voz del hombre,
ni su saliva blanquecina, seca de tanta sed,
solo el oleaje lo mantiene postrado ante la
subsistencia.

No acaba el día, la calidez se mantiene bajo los
suelos,

la raíz yergue su espinazo enteco hacia el cénit
ardiente,

buscando la belleza en el paisaje sediento,
en las grietas de los cerros, en el silencioso sustrato.

Acaricio las escamas del lagarto,

ausculto su cuerpo mientras se asolea sobre las tejas,
aunque se mantiene en vilo

la finitud es su eternidad en la contemplación.

Derain (1904)

El empedrado de la calle carga auestas
la ausencia de sus trajes;
aunque no haya hogueras el cielo se viste de humo.
Salpicados de lentejuelas los ojos acorralan el llanto.
La mezcla de esta calle es consecuencia del azar
o de los dedos caprichosos de sus propios
transeúntes,
que caminan con sus pómulos hinchados,
pues sostienen la máscara con sus párpados.
Aquí hay fuerzas venidas del instinto,
aunque sublimes al tacto.
Sé que hay recuerdos que se imbrican con los
sueños,
de pronto forman un instante, un momento,
y esa idea nos confunde, para fortuna nuestra,
pues llegamos a vivir los dos lados de la vida,
lo diurno y la vigilia,
como un cuchillo roto que nos palidece el corazón.
Hay quienes se cobijan en los rincones oscuros
de las casas viejas, allí hacen el amor,
se vienen en la profusión de espasmos,
en la abundancia de cópulas,
en la carencia de orgasmos.
Son testigos los gatos, el afiche viejo, las paredes.
Luego, en esa crepitación nerviosa,
toman los senderos mínimos,

evitando los rostros de la noche
y los espectros de gestos simulados.
Huyen encendiendo un cigarrillo,
sonorizando la respiración.
Sobre la tumba se precipita la lluvia diagonal
de óvulos infecundos,
sobre ellos no hay más que la emisión precoz de
semen.
La mirada del afiche nunca se olvida,
luego las palabras se convierten en esbozos de ideas.
Llegamos a la habitación en absoluta soledad,
opaca, fría y desordenada,
sin una caricia que nos permita conciliar el sueño.

Matanza

Rodea a la intuición el silencio:

atamos el suicidio para que no se corroa
cual hojalata -dijo.

Las noches son las tribunas donde el estío
hace de juez y acusado.

Son las terrazas artificiales
que llevan su delectación hasta el último aliento.

El areópago desordenado quema su luz
iluminando el sendero a los desadaptados,
los lleva al ágora del pueblo,

los enfrenta en la plaza pública,
les endilga una careta escogida arbitrariamente.

Para sorpresa de muchos, al retirarla,
ya no hay rostro alguno que ajusticiar.

Sustraído a la costumbre

Tal vez los órganos puedan pausar funciones.

El muro les dibuja siluetas que indican
lo que debe hacer para detener la respiración
mientras el resto del cuerpo se coloca en relevo de
guardia,

el corazón baja su ritmo,
el estómago se contrae,
el hígado descansa del pico,

las renes se toman tiempo para divagar.

Así se despojó de lo que había construido por tanto
tiempo,

antes de tomar la determinación de acabar con su
vida.

-Lo único que quiero es que me retiren
la cabeza para poder terminar de apagarme -dijo-
y desconectó sin aviso su PC

Luego de un paseo por la ciudad

Los instrumentos se desangran en los acordes,
llevan enmarcados rostros arrugados
en lugar de espejos,
grietas que se traspasan al pavimento.
De sus débiles ramajes caen flores de plástico,
irrumpen en la pista de baile.
No es un aletazo irreal,
no es la medida de cada cosa.
Es el desenlace del periplo de recorrer trescientos
rostros ingratos que comparten una estrecha
cama de piedra bajo el elevado
sin tocarse ni hablarse.
La ovulación de los reclusos ciudadanos
termina por dispersar
el largo haz de luz que lanza la policía.

El manglar en los ojos

*El rostro que no se ve en ningún espejo
porque tarda en nacer o ya no existe,
puede ser de cualquiera de nosotros,
-a todos se parece.*

Eugenio Montejo

La mirada trastoca, confunde, destierra la imagen
ondulante.
Su rostro penetra lo incierto e inmutable, precisa su
destello,
depondrá sobre las aguas su caduco reflejo.
Entre humos, pociones, juicios, lo ajeno,
el desorden repulsivo de sus modales,
ha pretendido abandonar su formalidad estéril.
Su porvenir se deja guiar por lo fortuito, ciñe el mal
augurio
en los designios de los dioses, deliberadamente
busca el fin.
El espejo lo recibe con la ternura de la cuna.
Ariel, insondable de las aguas, dibuja sus secretos
en el viejo desvelo de la humedad insatisfecha.
Puedes agredir mi cuerpo, sacrificar esta memoria
que no cesa de poner escenas en mis ojos
del ocaso al amanecer.
Inventa una ruta que te lleve adonde perteneces,

poco importa que el débil aliento escape entre los
dedos,
desviación de un ademán marchito.
Te retiras haciendo contorsiones obscenas,
aduladoras,
reclamando labios y otras cavidades,
¿sentirá su piel, sus goces?
Las grutas lo condenan,
esas oscuridades lo seducen como el eco.
Toda penumbra es navegada por sonidos arcaicos,
amenazando constantemente con extirparse los ojos,
creyendo que con esto conseguirá la purificación.
Le rindieron tributo a su cuerpo,
enmudecieron sus estigmas,
sin palabras ha logrado comunicarse con las aguas.
Desliza sus dedos sobre pieles añejas,
sus labios sucumben ante los senos altivos,
te piensa, el rostro se difumina en los susurros.
Se extravía en la fertilidad de los cuerpos,
sus oquedades y raíces se traspasan entre sí.
Desenreda sus muecas, el ámbar de sus órganos,
los cabellos diseccionan los aromas
y zurcen murmullos inhóspitos.
Petrificados en la existencia de ciertas metáforas
sustituyen los impulsos detenidos
sobre superficies que repelen nuestro disimulo.
Tiresias vaticinó su hado, según la tradición:
-Mientras no se conozca a sí mismo este niño vivirá.
Sus manos se deleitan con el laurel y la luna,

los ángeles del olvido entretejen las oraciones
identificables solo por las deidades.
Abandonará los islotes marginales buscando
corriente arriba
los hexámetros grabados en la retina efímera de los
incultos.
Dilata el espacio ante ciertos elementos
inconstantes,
desmoronando las efigies de los héroes vencidos,
perderá los sentidos en lo posible y asirá el mundo
con métodos más peligrosos.
La oscurana se torna espejo,
pisadas movedizas delatan su objetivo,
la representación está sedienta de amplitud.
Su boca presume pieles sagradas,
grita en el fondo argento del cristal
la hoja que se interna en el fatal porvenir.
De sus fluidos emergen pétalos blancos, amarillos,
que buscan desesperadamente la superficie de las
aguas.

El acantilado

El acantilado posee ciertas displicencias,
por ejemplo, si uno le grita le devuelve
el mismo insulto duplicado con la ironía
de que se mofa con tu propia voz.

Incluso si le disparas te regresa
el chasquido y la detonación del arma,
pero sin la bala.

El latido aumenta por alguna razón,
te ha montado una trampa sin objeto.

Es menester revisar la herida, detener el sangrado
copioso en la sed de la quebrada.

Se ha tornado *natura non grata*.

Archipiélago

La ensenada es parte de una antigua memoria
que me asiste para recobrar a mi padre en la orilla,
antes de ser difuminado por la bruma.

El elixir salino purifica sus entrañas,
esto le permite adentrarse con el chinchorro en
altamar.

Sus redes vivas bullen por el chapoteo,
los demás sacamos el pargo, el carite,
el corocoro, la merluza, el loro, la langosta,
el cangrejo, la lisa, la morena, la mantarraya,
y esto que apenas surge en un momento
se desvanece en el humo de su tabaco.

Miríadas de caracoles señalan el camino,
van creando símbolos de vieja data,
casi indescifrables, los cuales definen este cuerpo de
sal.

Entre las algas asomo mi sombra,
huyen las criaturas hacia el umbral coralino,
buscan la corriente crepuscular.

Y la orilla es infinita, todo lo regresa a la noche,
a sus hogueras.

Vivir del escándalo

El escándalo forma una costra purulenta
difícil de quitar cuando se trata de ti,
pero si es ajeno a tu persona,
este termina siendo material para el
noticiero o chisme de cuadra.
Mientras que para otros es
sencillamente
un modo de vida.

Rompecabezas

Voy armando mi cráneo.
Vivisecciono sus puzzles,
organizo pausadamente cada una de sus partes.
Continuamente las abandono en el abismo,
las dejo petrificarse en su propia descarnadura.
Entrego los espacios, la hendidura vacía,
al gusano hambriento, lo dejo escupir,
ensalivar esa vacuidad fragmentaria por donde
respiro.

Voy armando mi cráneo,
apuntalo su oquedad con vigas de concreto,
sostengo sus bases enredándolas en mis venas.
Armo el mapa de la escritura,
construyo el texto sobre esa superficie porosa
en que se ha convertido mi calavera.
Conforma un laberinto de serpientes,
un cuenco repleto de gusanos que piensan.
No hay redención, las placas van triturando sus
muecas.

Crisálida de calcio, órgano en deposición,
urdimbre de tendones, urdimbre oscura.
Sacudo sus paredes, hurgo en su oquedad,
esa angustia nutricia.
Este fósil ya no tiene rostro.

Yaima

Entre las huellas que ha desvanecido el oleaje
las de Ciro han sido las más persistentes.

Y es que esa comunión de hombre y mar,
de cielo y naves, de redes y recuerdos,
es una honda ceremonia que solo se efectúa
en la memoria, una evocación que se ofrece
antojadiza.

Un instante de ellos equivale a la eternidad.

Este oleaje no podrá detener el tiempo,
pero sí cambiará su percepción discontinua.

Su vientre acuoso es filtro del tizne,
en él las bocanadas han liberado luces,
líneas, formas que no están en las matemáticas
y tal vez tampoco en la fantasía.

Esta tendencia al precipicio desata el frenesí
locutivo,

las sacudidas de la nao desatan sus nervios,
su sistema rechina con los maderos y el vaivén,
se desvela en las tormentas y ansía los fulgentes
luceros.

La soledad de esta bahía lo ha pasmado, ya no hay
angustias,

se ha sumergido en sus aguas calmadas y ha
despedazado
su propia osamenta.

La mar de abajo

Sus designios se ignoran, no hay puerto inequívoco,
envilecidos por la oscilación se perfilan al horizonte
llevando tan solo una bitácora.

Subyugados al pulso del verano, contagian de coral
la piel de sus embarcaciones.

Una pertinaz vibración del motor alienta las manos,
su inquietud se reduce a ser únicamente testigo
de su fluir al ser, es decir, al hálito costero.

Y es que esta brisa engendra nuestra ánima,
la insufla de imágenes, de gritos, de tacto, de
sabores.

¿Ya sabes acaso por qué los muros tienden a
desmoronarse?

¿Entiendes por qué la mar concilia los cuerpos?

¿Has visto el ave sumergirse y elevarse al cielo,
tal éxtasis de los enamorados?

¿Despertaste alguna vez en el crepitar
de la hoguera de los amantes?

Destellos y reflejos

He comenzado a parecerme a esta mar.

Su vastedad me conmueve porque la llevo dentro,
el pulso que genera define la circulación de mi
sangre.

La orilla se transforma en espina dorsal que me
yergue,

la lujuria de su contoneo es lo que hace empinarme
al acto mágico de pensarte, de olvidarte.

Honro el abismo inmerso en sus columnas
y apunto la cresta al lugar donde cada placer es
degradado a uno.

Tiemblo en su profundidad, ausculto su movimiento,
a tientas me encuentro, sondeo un poco más,
en su seno se engendra la luz.

Etcétera

Por esta soledad transcurre el susurro que se distribuye en cada terreno de esta página, en la cual se adelantan direcciones aleatorias que tuercen las calles de la ciudad, su filo conduce a este barro que es mi cuerpo.

La hoja ágrafa se precipita hacia nosotros, oscila en el borde de la boca, haciendo que los espacios que separan los grafemas se comuniquen. Nos ofrece un contacto visual más allá de lo que navega en la oralidad. ¿Qué irá a dejarnos, acaso los abismos con su trampa de tinta y grafito? Tal vez nos someta a su mudez, que es la nuestra cuando el abismo nos conmueve

Café

La espiral bordea la taza, trae consigo un rostro,
un cuenco donde pululan mariposas acres,
carentes de sombras proyectadas en el suelo.

Cada ala de los lepidópteros forma
un cuerpo de mujer en su espesura,
en el aliento cálido de mis labios.

En volátil caída aparece la ceniza,
brota de sus ojos como una llama que
se desliza por los costados del cristal.

Trae consigo ungüentos para cerrarme
las heridas de viajes inmensurables,
para sanar mis pies,
agrietados por la sal de los istmos.

Aspa de furia

El viento ha sido desplazado por el resuello,
ya nadie pretende que, para refrescarse
de una ola de calor, no exista
más que la violencia del aspa
del motor o, en su defecto,
los huracanes que azotan el caribe.

En la vía pública

Andaba como un cráneo, sujeto de vértebras,
tendones, tejidos.

Andaba como un hueso, pendiendo, oscilando,
siempre como péndulo de mármol y concreto.

Andaba como un crucifijo, una línea que desgarrar la
carne

y un travesaño que secciona el alma.

Andaba en fragmentos, propios e impropios,
sin sujeciones o bisagras que concentraran este
cuerpo desecho.

Desarmado por los pasillos, en la estación de buses.

Desmembrado como hormiguero zigzagueante,
a punto de putrefacción y huesos, sustituido por
prótesis

que robaban mis movimientos.

Cosido por los músculos blandos y los tendones
frágiles.

Descosido entre las junturas y los pliegues del asco,
entre cabillas y tuberías improvisadas.

Trastocado por los latidos y el recorrido de la sangre
que escapa por las heridas practicadas a este occiso
apuñaleado entre la noche y el alba,
entrecortado y desmembrado como una flor sin
pétalos.

Instinto marino

Los goces efervescentes se basan en el ascenso,
tan ligeros como el que genera el vino.

Lugares donde se liberan las palabras denostadas
y que ocasionalmente terminan siendo comunes.

¿Qué lugar vuelve a tu recuerdo cuando el aliento es
fugaz?

¿Unas palabras y su entonación son posibles en la
memoria?

Vuelan en círculos entre nosotros, cuidan de no
tropezar

con las ramas del cují y las espinas del cardón.

Atadas a la estela de un específico sonido

flotan en la espesura de cada signo

que rememora las historias de la infancia,

y que sin lo cual no es posible vislumbrar un ápice
de aquello que llamamos aflicción.

Los muelles del destino, listones apuntalados entre
la marea,

permanecen hastiados por el spleen de los
navegantes.

Con los brazos tendidos desplazamos el polvo y la
niebla,
hacia el sol circunscrito en la mesa de escamar.
El desamparo del terreno inquieta el orden de la
ciudad,
es rodeado por el fuego imperceptible de la playa.
Sus aposentos hacinados por sabandijas y alimañas,
la leche se derrama en su piel, busca la copa de su
bajo vientre,
nada en el flujo de esta constelación palpable.
Nacemos en el romper de la ola cuando llega al
borde,
nacemos del instinto de bracedar para evitar la
inmersión,
nacemos en la pulsión de la huella y su
permanencia,
nacemos mientras el agnado nos cobija
desde su remembranza.

Monte adentro

Acudo al ciervo y le pregunto sobre su visión.
Sus párpados entrecerrados adivinan mis cuitas.
He jurado descender por sus astas sin lacerarme,
para presagiar las interrogantes del oráculo
y avizorar la respuesta conveniente.
¿Qué vestigios deja la sombra de este animal fugaz?
¿Qué paisajes frecuenta con presteza en la sierra?
¿Son sus pezuñas el vértigo valioso de la carrera,
del baladro que irrumpe en la espesura del monte?
Gira en el correteo mientras intenta esconder su
temor,
se mira en la hojarasca, queriendo ser una aparición
más,
como todos los seres del bosque

Vida suicida

En la autopista, debajo de los puentes,
bajo el cobijo de un poste a punto de caer
(con su tendido eléctrico pendiendo de un hilo),
en el estacionamiento público,
sujeto a las contingencias del clima,
a las oscilaciones anímicas de los vecinos.
Caminar por el laberinto asfáltico con la disposición
inequívoca de que me peguen un tiro.
Cruzar la calle entre la velocidad y la imprudencia,
mantener la compostura ante el fantasma del
hambre.
¿Quién necesita deportes extremos?
Aquel que quiera el suicidio sólo precisa vivir.

Memoria de pez

Yendo y viniendo en el mismo ajetreo diario,
bajo las mismas condiciones de reclusión,
compruebo que la memoria pierde lucidez.
Con cada salida olvido las llaves,
dejo a los niños en el colegio,
en las reuniones sociales formulo
juicios que luego no puedo recordar.
Tomo las vías alternas y me pierdo
en calles que llevan a ninguna parte.
No transcurrirá mucho tiempo para
que la ciudad me olvide,
así como se la ha llevado
mi memoria de pez.

Luna en llamas

En la ardentía de la noche los trémulos areópagos
juzgan tras la iracundia de sus máscaras,
toman el escenario por asalto,
inventan nuevos rostros a viejos nombres.
Cubren sus cuerpos con raídos trajes
para no ser reconocidos bajo la luna.
Son llevados por oscuros velámenes
hacia los senderos menos visibles,
quizá podrán seducir al portero insomne,
al ebrio dormido de la cuadra,
pero jamás encontrarán la llave
que los vindicará al amanecer.
Sólo tendrán esta luna en llamas
para calentar sus humerales.

Suicidium interruptus

Ligero, entregado a las tribunas rencorosas,
con las manos sobre la cabeza
y el corazón sobre la buhardilla saliente,
con el aliento frío de la muerte,
la línea blanca que se prolonga en la mesa.
La respiración, la respiración,
ten en cuenta que está despertando,
lleva las cicatrices de la noche, sin crisis, ligero,
con la calma del concreto.
Se hunde en su sombra y el resto del cuerpo
consumido
por las llamas, aunque se debate en la cornisa,
tiembla,
construye un cerco de aire, no hay con quién hablar,
no hay nadie a quién gritar, regresa al costado,
se da vuelta, parece que regresa sobre sus pasos,
retiene el aliento.
¡Déjenlo! Hablará sólo de sí,
en sus turbios ojos no reconocerá la ciudad,
pues ésta no lo ha reconocido a él.
Ha logrado redimirse, saltar la alambrada.
Ninguno podrá ahora mantenerlo en sus cabales.

Urbe, ubre et orbe

Claudio dixit: en los límites de la ciudad
no basta una navaja, hay que llevar el plomo sobre
los huesos,
bajo la chaqueta, aunque no se tenga frío.
En tus provincias de sol la muerte logra colarse
como una
serpiente de coral, con sus colores de feria
y colmillos de aguja —el newspaper emitiendo
estadísticas,
el lugar donde ha sido encontrado, con dentadura
(desa)parecida.
Claudio dixit: los meses y los años ya no tienen días,
sino víctimas.
Un “hace tanto hubo”, contra un “son tantos ahora”.
Sobre las rayas del paso peatonal se ha dibujado una
figura
que ha dicho: el mundo es del tamaño de la cantidad
de asesinos.
Aún hay intersticios sin violar, sin defensas que
temer,
en cada esquina un ligero temblor te envuelve.

Claudio dixit: hasta de lo que depende su vida,
como podría ser su rutinario sueño,
se puede convertir en su ruina.

El orbe es un círculo donde las presas se reproducen,
es necesario el equilibrio, una carne para
alimentarse.

El valor de las hendiduras es alto, hay que acostarse
sobre la acera o un lugar oculto entre el bahareque,
un adoquín para acentuar los dolores, una cicatriz
simulada

sujetando un cuerpo quejumbroso.

César dixit: ataos los unos a los otros.

Consejo para sumergirse en el agua

Consejos para buceadores

Consejo para sumergirse en el agua

No es el mar el que contiene el pez
es el pez quien contiene al mar.

Creemos contemplar el mar
cuando en realidad está sobre nosotros.

Tú no extrañas sino aquello
que tiene relación conmigo.
En síntesis, extrañas el mar.

La paradoja está en íntima relación
con algo a punto de destruirse:
el pensamiento.

Consejo para sumergirse en el agua

En mí no hay sino la ausencia,
sin ti no soy más que un acertijo.

Quitamos la máscara al rostro
del ídolo, hallamos un espejo.

Lo más indicado a la hora de escribir es corregir,
mucho más importante que la acción misma.

La escritura se nutre de lo que vamos tachando.

Lo que quiere decir que el vacío
también ocupa espacio.

La botella contiene el mar
es el pez quien lleva el mensaje.

Se edifica una escritura
que se destruye a sí misma,
el fragmento sobrevive a la hecatombe.
El lenguaje se vuelca sobre esos trozos,
construye el poema.

La paradoja se olvida de ti,
para nada le importas.
Su vida es inmediata,
pero detonante.
Existe para sí,
su problema
la destruye.

La última solución de la paradoja es tu muerte,
hará todo lo posible por llevarte a su interior,
y cuando estés así de cerca, ¡zaz! te hará un nudo
en la garganta.

En ese instante no verás sino tu cuerpo de p

é

n

d

u

l

o

.

La paradoja no se resuelve,
el problema es su medio y fin:
su solución.

Dados sobre el escritor

Para J. Calzadilla

Él está sometido a la voluntad del azar,
por eso siempre las pega todas,
aunque pierda.

Estos dados viven huyendo del azar.

Si el pez es un torpedo de vísceras
¿Quién habrá construido el cañón
por donde se expele?

Existe un pez que se desliza
por sus propios miedos.

Conseguir una meta, alcanzarla,
no depende más que de sostenerse
fríamente de las circunstancias,
que van presentándose como
peldaños, no como una cuerda.

Mientras apuro una buena
buchada de ron soy menos
en el silencio, es la mudez
de no poder pensar.

Hay un pez que no tiene cabeza
y su nado es la convulsión
desesperada de un cuerpo
desmembrado.

Si el pez es la bala acuática
¿Quién podrá ser la víctima?

Las angustias del pez están
íntimamente relacionadas al
hecho de no tener miembros,
y que por demás nunca sea
desmembrado sino destripado.

El pez consigue la horizontalidad
no gracias al aleteo constante,
sino a la flotación de sus tripas.

Los flatos del pez son literalmente líquidos.

El poeta sólo debería dar el sentido puro,
pues así la forma estaría en manos del lector.
Éste ubicaría las palabras a su antojo,
saciaría su necesidad de hacer entendible el poema.
Aunque para lograrlo pierda su original sentido.

Consejo para sumergirse en el agua

El muro termina en una puerta
y sus goznes están en mis nudillos.

La araña teje su red, nos prepara
un huerto fértil, directo al sendero
que lleva al fondo del mar.

Llevaré los gestos a palabra
y las palabras al gesto.

Hay un par de pájaros que pretenden
desalojarme de la habitación,
quieren una mitad para su nido frágil.
Ignoran que vivo en una pecera.

El espacio va despacio,
desaparece, da espacio.

El pasado está pesado,
desaparece un pescado.

El terceto es el tercero,
desaparece el testículo.

Poeta

Su vida entera transcurrió en la poesía,
pero sólo a condición de título, pues
únicamente publicó
un libro en toda su vida,
y, ¡ay!, ni siquiera la puta universidad
le editó algún otro.

Estaré despierto,
dispuesto a desaparecer.

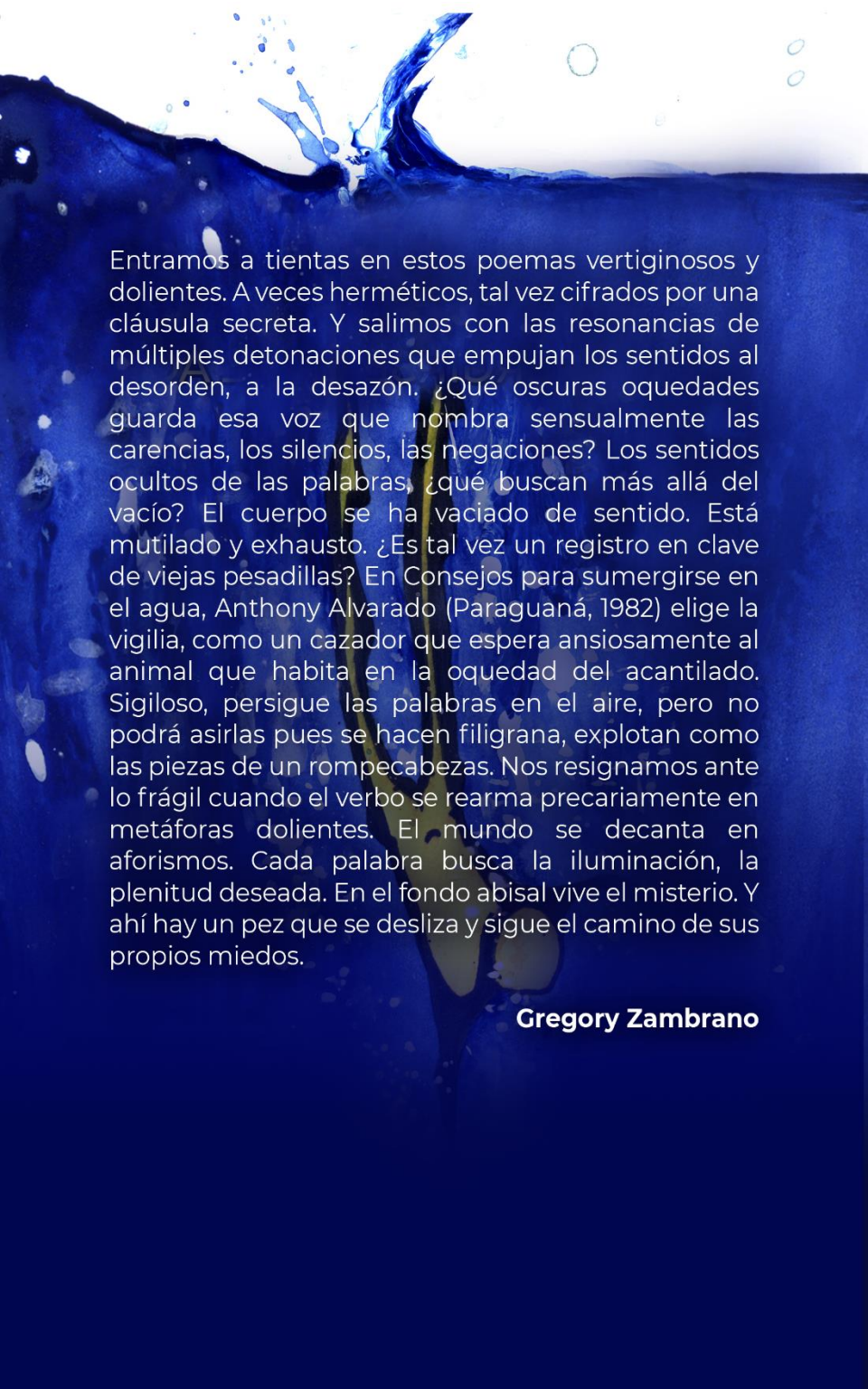
Demasiadas puertas conduciendo
hacia sí mismas.

Publicación digital de



Maracaibo, Venezuela
Enero, 2025





Entramos a tientas en estos poemas vertiginosos y dolientes. A veces herméticos, tal vez cifrados por una cláusula secreta. Y salimos con las resonancias de múltiples detonaciones que empujan los sentidos al desorden, a la desazón. ¿Qué oscuras oquedades guarda esa voz que nombra sensualmente las carencias, los silencios, las negaciones? Los sentidos ocultos de las palabras, ¿qué buscan más allá del vacío? El cuerpo se ha vaciado de sentido. Está mutilado y exhausto. ¿Es tal vez un registro en clave de viejas pesadillas? En Consejos para sumergirse en el agua, Anthony Alvarado (Paraguaná, 1982) elige la vigilia, como un cazador que espera ansiosamente al animal que habita en la oquedad del acantilado. Sigiloso, persigue las palabras en el aire, pero no podrá asirlas pues se hacen filigrana, explotan como las piezas de un rompecabezas. Nos resignamos ante lo frágil cuando el verbo se rearma precariamente en metáforas dolientes. El mundo se decanta en aforismos. Cada palabra busca la iluminación, la plenitud deseada. En el fondo abisal vive el misterio. Y ahí hay un pez que se desliza y sigue el camino de sus propios miedos.

Gregory Zambrano